



Sin el apoyo de la fuerza bruta o militar, no se habrían consumado las grandes persecuciones religiosas ni los autos de fe; al lado de inquisidores y verdugos, al pie de la boguera estuvo siempre el soldado. Hoy mismo, los sables sirven de puntales a la cruz. M. GONZALEZ PRADA

EN BRUSELAS COMO EN PARIS

LA PROPAGANDA FASCISTA se estrelló contra LA ACTITUD DE LA JUVENTUD

Si el fascismo abandonase sus tácticas desaparecería sin dilación. Necesita de la propaganda... Los jóvenes libertarios de París nos demostraron cuán verdicas son las aseraciones que anteceden. Y ahora nos lo demuestran los estudiantes de la capital de Bélgica.

LA FUERZA DE LA CARIDAD

PROCEDEMOS de un país donde, a lo largo de su historia, lo que llamaba Juan Most a peste religiosa se ha dejado sentir de un modo intenso, produciendo los mayores estragos.

FONTAURA

Iglesia y los fundamentos de la creencia en Dios. En artículos, en folletos, en el libro, en conferencias, en controversias, nuestro compañero en ideas, Sebastián Faure, llevó a efecto una labor magnífica.

El primer lugar y apoyo en deducciones establecidas por las ciencias y por la filosofía, nuestra Faure como el Universo, imperfecto, no puede ser la obra de un Ser perfecto. Explica cómo el tal Dios, Creador, se puede haber creado sin un motivo determinado.

EL MUNDO DESDE NUEVA YORK

EL HOMBRE QUE ES EN EL CAIRO y en Teherán

El hombre que estuvo en la Conferencia del Cairo y en la de Teherán, y que en diciembre de 1944 encontró en Nueva York, en el transcurso de una tertulia aburridísima, anda otra vez por estas latitudes, tal vez en misión oficial y secreta; lo acabo de encontrar en una de las salas de la calle 50 y la Avenida Madison; una barra con aire de café-à la manera de Europa, en la cual no faltan ni las demi-mondaines...

Tcheng Kuo Tseng

Me imagino cómo debe ser Teheng. Supongo que tiene los ojos oblicuos y la tez amarilla, porque no en vano es una china. Sé que es estudiante. Pero ignora que es lo que estudia. Aunque ciertos detalles me autorizan a pensar que estudia poco, o mucho y malo.

CRONICA semanal

LA GERERIDAD del ex-gobernador de BARCELONA

Don Eduardo ha sido en extremo generoso con Carmen de Lirio. Incluso, en el último instante de la estancia de tal dama en Barcelona, puso a su disposición un magnífico automóvil americano y una escolta formada por la élite de la Policía Armada. Don Eduardo es el señor Alegria, ex gobernador de la capital catalana, actualmete postulado a infinita tristez. Y es que no hay para menos. Ni basta llamarse Alegria para soportar con la sonrisa en los labios el doble susto con que el pueblo barcelonés lo ha agraciado.

HOY MANRESA

Manresa es liberal y obrerista, trabajadora y revolucionaria. Soporta clericalismo, pero no enardecimiento en el alma de las personas. A lo largo de su historia, en la ciudad urbana de su perímetro poblado, Manresa es liberal y obrerista, trabajadora y revolucionaria. Soporta clericalismo, pero no enardecimiento en el alma de las personas.

Monin le preguntó un día a su profesor:
-¿Quién es aquel señor tan feo que vino ayer a la escuela?
-¡Es mi hermano!
-¡Oh! Perdona Vd. no me había fijado en lo mucho que se parecen los dos.

LA MANTE CAPRICIEUSE

(Continuación.)

tendit s'érouler un pan de mur. Des ailes délicates et membranes s'ouvrirent et un essaim de termites pâles s'évola.

Les oiseaux pépièrent, les cigales crissaient, les sauterelles criaient bravo! Ainsi encouragés, les pionniers se trouvant voguant à travers l'espace. Ce n'était pas aisé et de plus ils n'avaient jamais vu le soleil. Dès que le dernier eut pris son vol, la mante suivit.

C'était fait! Le caméléon voutait encore de satisfaction. Il déroula sa queue afin de pouvoir se retourner et fixer son cousin, puis envoya sur lui une langue triomphante. Le lézard se réfugia sous la pierre avec le scorpion.

Toutefois les ailes que l'araignée avait fixées sur les termites n'étaient pas aussi fortes qu'elle le croyait, ou bien c'étaient les insectes eux-mêmes qui n'avaient pas assez de résistance, car bientôt quelques-uns, épuisés, se laisserent tomber sur le sol, où ils devinrent la proie des fourmis rouges et noires. Hofnots-got commença à se tourmenter, car l'essaim diminuait à vue d'œil. Au-dessus, un vol d'oiseaux survillait, souhaitant que la mante relâchât sa surveillance afin de pouvoir descendre sur ces insectes maladroits et les croquer.

Hofnots-got avisa un couple de petits pionniers à bout de souffle. Devant eux se dressait un baobab. Elle les appela:

— Venez avec moi.

Ils obéirent et se posèrent sur la plus haute branche. Leurs ailes se détachèrent.

— Allez, dit la mante, creusez un tunnel dans ce tronc jusqu'à ce que vous ayez atteint le sol. Là, vous construirez une termitière. Toi, ajouta-t-elle en désignant le plus petit de sa patte de devant, tu nourriras ta reine jusqu'à ce que tu aies une nombreuse famille et un nid aussi beau que celui que tu viens de quitter. Alors l'araignée fabrique de nouveau des ailes pour ses jeunes pionniers afin qu'ils aillent plus loin. Soyez courageux et travaillez...

FIN

LA MONA

Aunque se vista de seda La Mona, Mona se queda. El refrán lo dice así:

Yo también lo diré aquí; Y con eso lo verán En fábula y en refrán.

— Un traje de colorines, Como el de los matachines, Cierta Mona se vistió; Aunque más bien creo yo Que su amo la vestiría, Porque difícil sería Que tela y sastre encontrase.

El refrán lo dice: pase. Viéndola ya tan galana, Saltó por una ventana Al tejado de un vecino, Y de allí tomó el camino Para volverse a Tetuán. Esto no dice el refrán; Pero lo dice una historia. De que apenas hay memoria, Por ser el autor muy raro (Y poner el hecho en claro No le habrá costado poco).

— El no supo, ni tampoco He podido saber yo, Si la Mona se embarcó, O si rodó tal vez Por el istmo de Suez. Lo que averiguado está Es que por fin llegó allí.

Vióse la señora mía En la estable compañía De tanta mona desnuda; Y cada cual la saludó, Como a un alto personaje, Admirándose del traje,



ofrenda de la F.I.L. a los niños

LAS AVENTURAS DE NONO EL ENCUENTRO

(Continuación.)

— Mal hecho — exclamó — es de una especie muy rara, y hubiera podido obtener por él un buen precio, si no hiciera colección. ¿Tienes hambre? ¿Tienes sed? ¿Sientes calor y bebe; el cubierto está puesto.

De nuevo había extendido la varita en dirección de la gran encina, y Nono vio con asombro inaudito levantar una mesa con cantidad de platos y manjares, pastes y frutas, y botellas con vinos, licores y bebidas refrescantes de varias clases y colores.

— No, no tengo hambre — dijo Nono, a quien aquel hombre extraordinario comenzaba a interesar, llegando hasta parecerle menos feo.

— Me parece buen muchacho y me agrada, — repuso el hombre. — Yo quisiera tener un hijo como tú, ¿quieres seguirme? Te enseñaré muchas cosas lindas que no has visto jamás y que ignoras por completo.

— Muchas gracias; pero yo no conozco a usted y no quiero dejar a mis amigos de Automata, que están intranquilos si no me ven con ellos.

— Ya has visto que puedo cuanto quiero. Tengo un medio de averlos. — No, — replicó el niño vuelto a sus primeros sentimientos. — Quiero volver a Automata.

— ¿Crees que te engaño? ¿Te parece que no soy capaz de hacerle ver lo que te prometo? ¡Tómame testarudo; toma este anteojo y en él verás los espectáculos en que podrás tomar parte todos los días.

Diciendo esto tomó un estuche que llevaba pendiente del cinto y sacó unos grandes y magníficos gemelos, que presentó al niño.

— Aplicados éste a sus ojos, y distinguió primero una gran sala donde estaban reunidos muchos niños y se les distribuía toda clase de golosinas.

Después se le reveló de trajes magníficos; se les hacía subir a coches muy bonitos tirados por cabras blancas, conducidos por cocheros infantiles con pelucas empolvadas, trajes bordados y gorros de oro y calzados con grandes botas.

— Luego montaban en coches más sencillos; navegaban en el mar, y trepaban

por las montañas; después fiesta por fiestas partes, viviendo que su única ocupación consistía en divertirse.

Sin embargo, Nono observó en el rostro de aquellos niños señales evidentes de hastío y fastidio; que no había visto nunca en Automata.

Las escenas cambiaban sin cesar. Veía otra inmensa sala formando semicírculo, guarnecida de preciosos cristales con franjas de oro, donde el suelo hasta el techo, hallábase dividida en polcos profusamente adornados, y en ellos se veían damas escotadas cubiertas de diamantes, niños ricamente vestidos y hombres de rigurosa etiqueta.

En el fondo de la sala, sobre un toldado, otra multitud aun más ricamente ataviada, a su parecer, se movía acompasadamente al son de una música unas veces dulce y otras misteriosa, otras veces ceca y ligera.

— Nono, deslumbrado de todo ese movimiento, de las luces innumerables que alumbraba la sala, maravillado, separó los gemelos de sus ojos.

(Continuará.)



El sábado hizo el padrino su pregunta:

— ¿Qué queréis que os pinte hoy?

— Unos zapatos — respondieron Botón y Anilla.

— Lo que me resulta más simpático en los zapatos, es que son dos hermanitos que se llevan muy bien y que se parecen mucho.

— No os habéis fijado en que es bonito que se parezcan dos niños gemelos?... Pues eso mismo pasa con ellos; además, uno se llama «izquierdo» y otro «derecho», así como los hermanos se llaman de manera distinta. Y es natural que así sea, porque si no se les confundiría.

Yo conozco una historia, un poquillo triste, de dos hermanitos que habían vivido felices. Esos hermanitos no tenían sombreros, ni narices, ni libros de cuentos, ni bolsillos, ni juguetes, ni lápices. Y no tenían esas cosas porque no eran niños. Eran los zapatos que os he dibujado.

— Perteneían a los pies de un vendedor de perritos de razas buenas, que se ponía en la calle con diez o doce perros sujetos con diez o doce correas finas. Y si daban en dar vueltas los animales, aquello parecía un dióvil.

Hubo una vez una guerra que se llamó la Guerra de las Guindas. Los beligerantes eran los hombres de Pelanas y los de Melenas, y es que estas dos naciones se creían con derecho a ser dueñas de una isla recién descu-

bierta, que estaba casi encarnada por los millones y millones de guindas que tenía.

Como es natural, el perrero quiso alistarse como soldado, pero que era un gran patriota de Pelanas. Así es que se desesperó, se puso los zapatos, que mientras él dormía se quedaban los dos hablando de las cosas del día, y se fue a un cuartel para que le hicieran soldadito. Y se fue a la guerra.

En el primer combate resultaron las siguientes víctimas: dos cojos, tres mancos, cuatro tuertos y cinco descalzados.

Por otro resultado que uno de los cojos era el perrero de Pelanas, el otro, un chofer de Melenas, los cuales se fueron después del combate a sus naciones respectivas, cada uno con una pierna menos: a uno le faltaba la derecha y al otro la izquierda.

Emilio, que así se llamaba el perrero de Pelanas, que por cierto había llevado alpagatas a la guerra, se asomó un día a una ventana de su casa, que daba a un solar, y tiró el zapato que ya no le servía, que cayó dando volteretas por el aire. Entonces los zapatos sufrieron mucho su separación, sin esperanzas ya de volverse a ver. Uno lloraba al pie de la cama del cojito de Pelanas, y el otro gemía en el solar, entre trastos viejos, ratonillos vivos, botes abollados y juguetes rotos. La verdad es que Emilio ignoraba en absoluto que los zapatos fueran capaces de tenerse tanto cariño.

Un traperero mené con un palo los trastos del solar, vió el zapato, lo metió en un saco y lo llevó a vender. Pero como no había más cosas en Pelanas, lo que hizo fue pasar la frontera y se llegó hasta Melenas, donde iba dando unos gritos que decían:

— ¡Se vende un zapato veteojo!

El cojo de Melenas, como había sido chofer antes de la guerra, tuvo que dejar la profesión porque no podía frenar con los pies, y vivía muy malamente. Así es que cuando oyó gritar lo del zapato, llamó al traperero, porque sabía que uno viejo le costaría bastante menos que uno nuevo.

El traperero le enseñó el zapato, él lo miró bien, le gustó, se

probaró a la puerta de su casa, y lo compró. De este modo los zapatos hermanos seguían apenados; pero ahora les separaba nada menos que una distancia de 30 kilómetros.

Una tarde, Emilio, el perrero, se fue a dar un paseo, y el ex-chofer de Melenas hizo lo mismo. Uno iba carretera adelante por su nación, y el otro por la suya. Y como los desgraciados zapatos no querían más que andar y andar por sí andando se encontraban el uno al otro, resultó que los que andaban eran los zapatos, sin que los cojos se dieran cuenta ni se cansaran nada por lo mucho que venían caminando.

El uno por un lado y el otro por el otro, los dos llegaron hasta el puente de un río que separaba las dos naciones, y los zapatos se vieron de pronto, y sin poderse contener tiraban cada uno hacia el otro. Los dos cojos tuvieron que acercarse también por el esfuerzo de los dos hermanos zapaticos; vieron los hombres entonces que estaban calzados igual, comprendieron lo que había pasado, comprendieron también el entusiasmo de los zapatos al verse, y estuvieron hablando los hombres, sentados en el marfil del puente, para que los hermanos zapaticos también charlaran un rato.

Los cojos hablaron de la guerra, maldiciéndola mil veces, y en la conversación les vino la idea de poner una venta para que los caminantes que iban de una nación a otra pudieran comer en ella.

En efecto, ya la han puesto, y está en el puente mismo. Tiene un letrero a la puerta, que dice: «Parador de los Cojos».

— Lo mismo Emilio que su compañero viven felices; han puesto juntos sus dormitorios. Y cuando se van a la cama, sacan el calzado al pasillo. Entonces los dos hermanos zapaticos charlan y charlan todas las noches; así tanto contentándose la historia de los tristes días en que vivieron separados.

— Pero ahora son felicísimos. Y yo me alegro de que los dos hermanos vivan juntos y estén contentos.

Kiko a la señora que vende manzanas:
-¿Cincuenta céntimos está manzana, completamente podrida?
-¡Ya debes suponer que yo no estaba dentro!
-¡No hubiera faltado más que eso!

HERMANO ALCALDE

(Continuación.)

a su agrañal que recorriera los jardines de los hoteles, a ver si encontraba recortes de papel, y el alguacil dió por fin con una reja en cuya puerta había este letrero: «Villa Floreíta».

Era la casita de los cinco hermanos; y allí vivió unas hojas de periódico, de las cuales faltaban exactamente los muñecos. Se veían en los recortes otros muñecos idénticos, pero en hueco, es decir, en vacío.

Los cinco hermanitos y sus dos amigos fueron conducidos al Ayuntamiento, y allí estaban aún los señores, todavía con los puños cerrados por la ira; de modo que empezaron a dar terribles voces a los chiquillos, hasta que los hicieron llorar del susto. Entonces el Alcalde pueblerino, dando unos campanillazos terribles con la campanilla de su mesa, consiguió que todos se quedaran callados, y gritó:

— ¡Silencio!... Ni consiento que en mi pueblo los niños se burien de los caballeros, ni que los caballeros regañen de este modo a los niños; porque para regañar y castigar, o premiar si viene el caso, estoy yo, que soy el Alcalde. Así es que a los niños les castigo a que paguen de multa una tarrita de dulce entre los siete, y a los señores gruñones se les castiga a que compren un kilo de jamón... ¡Pero inmediatamente!

— En seguida, todos aquí otra vez...

No acabó ahí el castigo, sino que luego les obligó a que lo merendaran juntos, sobre la mesa del Ayuntamiento.

Al principio comían todos en silencio, sin mirarse uno a otro, como no fuera de juego. Los chiquillos daban de cuando en cuando querer, unos cuspiros que les quedaban del llanto de antes. Pero no por eso dejaban los caballeros su gesto malhumorado. Lo que pasó es que el jamón estaba tan bueno, que al niño pequeño se le ocurrió decir:

— ¡Qué rico es!

Y uno de los señores exclamó: — ¡Vaya si es rico el jamoncete!

Con estas dos frases fueron disminuyendo los enfados.

Y cuando llegó la hora del dulce y Pedrito dijo que estaba muy

bueno, otro de los caballeros añadió:

— ¡Ya lo creo! Está pero que muy requetebueno... Como que yo me chupo los dedos...

Advirtió uno de los señores, que por cierto era médico, que uno de los niños miraba mucho a la darta de dulce que quedaba, y le dijo:

— ¡Ea! Trae tu plato, que te voy a echar un poquillo más. Veo que te sabe rica.

El niño se puso muy colorado, porque le hablaba un enemigo; se sonrió, pero el caso es que alcanzó el plato al médico y repitió del dulce.

Todavía otro señor, que era un notable abogado de cierta gran ciudad, dijo a los niños sonrientes:

— ¡Hay apetito, ¿verdad? — Sí, señor — respondieron avergonzados y azorados, por el cariño que poco a poco les iban teniendo sus enemigos.

El caso es que, de pronto, fue el médico y les preguntó:

— ¿Y cómo hacéis esos muñecos tan divertidos...?

— Pedrito pidió papel y tijeras, y les hizo unos cuantos monigotes para que se los repartieran. Lo aprendieron los caballeros, y así pasaron la tarde muy agradablemente.

Transcurrió una semana, y estando cierto día los señores en el Café de todas las tardes, pidieron tijeras al camarero y se hicieron siete monigotes; fueron se luego a la puerta de la casa de un profesor que daba clase de dibujo a Pedrito, a sus cuatro hermanos y a sus dos amigos, y sin que los niños se enteraran, les colgaron de los vestidos los muñecos cuando los muchachos salían de dar la lección.

Y fueron los mismos señores los que le contaron al Alcalde lo que ellos habían hecho, para que ahora castigase a los mayores a merendar otra vez con los niños y así pasar una tarde tan divertida como la otra.

Desde entonces, ya se sabía: todos los jueves había monigotes colgados, multa de cosas de comer, una buena merienda y mucha alegría. Y así iban pasando el verano felizmente.

FIN

LA MONA

Y suponiendo sería Mucha la sabiduría, Ingenio y tino mental Del pelímetre animal.

Opinan luego al instante, Y admiran discrepantes, Que a la nueva compañera La dirección se confiera De cierta gran correría, Con que buscar se debía En aquel país tan vasto La provisión para el gasto De toda la mona tropa.

(Lo que es tener buena ropa!) En la Directora, marchando Con las huellas de su mandato, Perdió, no sólo el camino, Sino, lo que es más, el tino; Y sus neclás compañeras Atravesaron laderas, Bosques, valles, cerros, llanos, Desiertos, ríos, pantanos; Y al cabo de la jornada Ninguna dió palotada;

Y eso que en toda su vida Hicieron otra salida. En que fuese el capitán Más tieso ni más galán. Por poco no queda mona A vida con la intención; Y vieron por experiencia Que la ropa no da ciencia.

Pero, sin ir a Tetuán, También acá se hallarán Monos que, aunque se vistan de estudiantes, Se han de quedar lo mismo que eran antes.

Biblioteca de Cultura Científica e Hemeroteca General



CEDEC